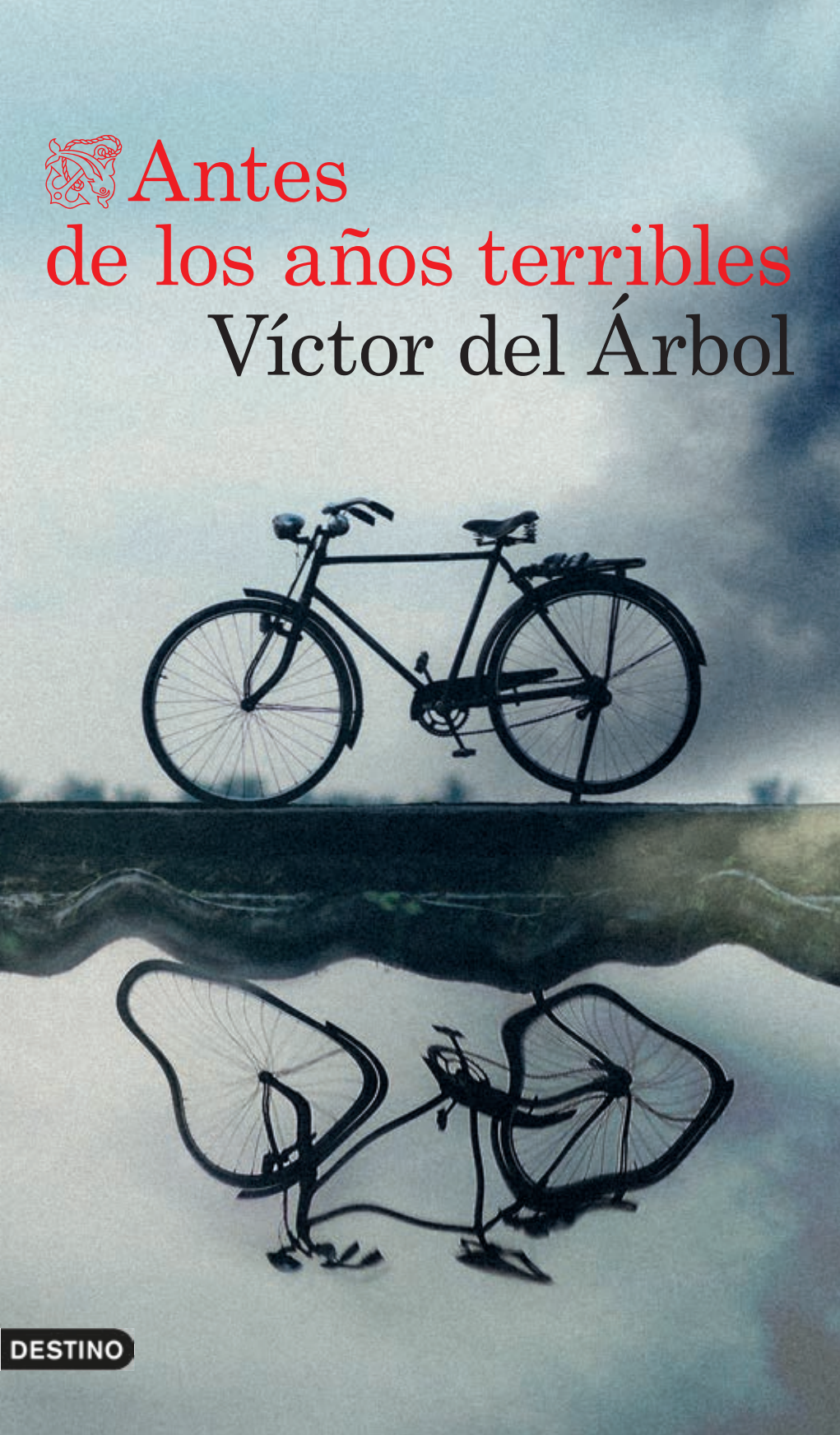
Antes de los años terribles

Víctor del Árbol



DESTINO

Antes de los años terribles

Víctor del Árbol

Ediciones Destino
Colección Áncora y Delfín
Volumen 1469

© Víctor del Árbol, 2019

© Editorial Planeta, S. A. (2019)
Ediciones Destino es un sello de Editorial Planeta, S. A.
Diagonal, 662-664. 08034 Barcelona
www.edestino.es
www.planetadelibros.com

Primera edición: mayo de 2019

ISBN: 978-84-233-5571-6
Depósito legal: B. 10.033-2019
Impreso por Black Print
Impreso en España-*Printed in Spain*

El papel utilizado para la impresión de este libro es cien por cien libre de cloro y está calificado como papel ecológico.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).
Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

I

Barrio de la Barceloneta
Enero de 2016

Esa fecha sería un buen principio. Fue la tarde que volví a ver a Enmanuel K. Supongo que llevaba años esperando y temiendo ese momento; ha habido épocas en las que el pasado era una presencia densa y otras en las que su aliento apenas era perceptible, pero siempre ha estado ahí agazapado, esperando. Lo único que podía hacer era fingir, concentrarme en el trabajo, en mi vida hecha con pequeños detalles presentes y tímidas ensoñaciones acerca del futuro. Aquella tarde había empezado a llover a media mañana y yo estaba ocupado con la restauración de una vieja bicicleta Performance 300 que pertenecía a uno de mis clientes más nostálgicos. En la radio escuchaba la canción de Nirvana que Lucía tarareaba a todas horas por aquel entonces, *Lithium*. Yo no lograba comprender del todo su fascinación por una historia tan deprimente.

—¿En serio? —se burlaba ella—. Escucha atentamente: *«I'm so lonely but that's okay I shaved my head...»*. Es de una lucidez descorazonadora.

Yo escuchaba con mi mejor voluntad pero seguía sin encontrar esa revelación. A fin de cuentas, las cosas que no comprendía de Lucía seguían siendo las que más me atraían de ella: sus lecturas, que le encantara el boxeo televisado, la jerga que utilizaba cuando hablaba con sus cole-

gas del bufete, que hubiera renunciado a los privilegios que su familia le ofrecía para venirse a vivir conmigo en el pequeño apartamento encima del taller a los pocos meses de conocernos, o que fingiera interesarse por mi trabajo con las bicicletas. Decía que le gustaba verme las manos manchadas de grasa y aceite y al mismo tiempo le sorprendía mi delicadeza al manejar llaves, el modo de tocar algo sólido como si fuese materia etérea. A mí me parecía, sin embargo, que aquello era lo más corriente del mundo: alinear piñones, engrasar una cadena, enderezar un cuadro, hacer girar un pedal y comprobar que funcionase sin fricción. El sonido de cada engranaje cumpliendo su función me transmitía una forma de paz, de armonía y de equilibrio; también la ilusión de un destino hacia el que avanzar sin sobresaltos.

Y entonces, justo cuando la lluvia aceleraba el repique contra el cristal del escaparate, apareció Enmanuel K con el paraguas goteante en una mano y la puntera de los zapatos de ante con un cerco de humedad, sacudiéndose la lluvia como un chucho y con una risa infantil que pretendía salvar los últimos veintiún años de silencio.

Visto con perspectiva, resulta ridículo que fuera él, precisamente, el heraldo que venía a anunciarme que, a pesar de mi larga huida, el pasado me había encontrado finalmente. De todos mis fantasmas, él era el que más pronto había desaparecido de mis recuerdos. Aquel hombre con un gabán mojado y las gafas empañadas ya no era gran cosa en mi vida.

—Soy Enmanuel. ¿Te acuerdas de mí? —El tono de la pregunta era desiderativo. Deseaba que así fuera y, cuando estreché con recelo su mano mojada, sentí que me atrapaba con el nudo de una serpiente que no iba a dejarme ir fácilmente.

—Enmanuel...

—Al menos lo que queda de mí —dijo con una risa que se burlaba del paso del tiempo, o de sí mismo, o de mi asombro. Como si quisiera certificar su identidad, me

mostró la pequeña cicatriz que asomaba por encima del cuello de la camisa, justo en la base de la nuca—. ¿Te acuerdas de esto? —Se sentía orgulloso de aquella cicatriz, que con los años se había convertido en poco más que un arañazo rosado en su piel negrísima, la mordedura de un machete.

Sí, claro que me acordaba, pero, a diferencia de él, yo prefería esconder las mías.

Retrocedí un poco para tener perspectiva, y mi atención se desvió fugazmente hacia la bicicleta en el torno y a la caja de herramientas abierta en el suelo. Sentí una ligera inquietud, la advertencia de algo que estaba a punto de pasar. Una pérdida inminente.

—¿Qué haces aquí?

—He venido desde Kampala por un asunto diplomático y pensé que era una buena ocasión para visitarte.

—¿Visitarme?

Recorrió con la mirada el taller y se detuvo finalmente en mi mono de trabajo manchado de grasa.

—Claro. Ha pasado mucho tiempo, pero quien ha sido un amigo nunca olvida al otro del todo.

Jamás fuimos tal cosa. Al menos, no en mi versión de la historia.

—No te van mal las cosas —me aventuré a decir. Sonrió como un pavo.

—Solo soy un modesto funcionario de grado medio.

No vestía como tal, sino como alguien que espera un futuro más esplendoroso. Lucía un traje oscuro a medida con corbata a juego, gemelos en los puños de la camisa y un reloj de oro. Había engordado bastante y tenía canas en el cabello y en la perilla de chivo que se había dejado crecer. Y, sin embargo, no podía ser tan viejo como aparentaba, apenas era unos años mayor que yo, ni siquiera había cumplido los cuarenta.

Me preguntó si podía fumar y, antes de recibir mi respuesta, encendió un cigarrillo fino con un Zippo de plata que retuvo como un amuleto en la mano cerrada.

—Un regalo personal de la ministra Sam Kutesa. Ahora trabajo con nuestro gobierno para la reconciliación, y en este proceso cada uno de nosotros debe aportar algo.

Su voz se adelgazó, perdiendo el aire un poco atolondrado del principio. Ahora calculaba, sopesaba, medía las palabras que iba a encajar en cada frase. No sonaba espontáneo, ni mucho menos sincero. No le pregunté a quién incluía ese plural.

—Reconciliación... Una palabra extraña en nuestro idioma.

Guardó el mechero y abrió las manos mostrando las palmas surcadas por profundas y oscuras líneas.

—Así es. Pero los tiempos cambian. Uganda ha cambiado. Con estas manos estamos levantando un nuevo país para nuestros hijos.

No dije nada sobre lo que aquellas manos habían hecho en el pasado, ni le pregunté si estaba casado o tenía hijos. No quería saberlo. De todas maneras me mostró una fotografía familiar en la cartera, dos niños de doce y trece años con uniforme escolar británico y una esposa de rostro adusto y expresión de desdén. Afirmó que era feliz, contó anécdotas que cualquier padre contaría a un conocido, cosas que me eran absolutamente ajenas y que escuché con una sonrisa petrificada. No tenía motivos para dudar de esa postal, pero el caso es que pasados unos minutos se quedó repentinamente en silencio y esquivó mi mirada. Por lo que yo iba recordando, a Enmanuel nunca se le dio bien mentir, y tampoco la lealtad. Siempre fue un superviviente.

—¿Y esa *reconciliación* te ha traído hasta Barcelona? —pregunté con desconfianza.

Empezó a hablarme del programa del Congreso para los damnificados, las ayudas de instituciones extranjeras, y el ciclo de conferenciantes del que él se hacía cargo explícitamente. Estaba exultante con su labor, se sentía importante (aunque utilizó varias veces la palabra *útil*, en un ejercicio de lo que me pareció falsa modestia), y se de-

moró mencionando nombres y apellidos de los ponentes invitados, filósofos, politólogos, historiadores, escritores a los que había convencido para participar. Se diría que era la gran obra de su vida.

—Hay acreditados más de cien periodistas de diferentes países, televisiones, radios. Esperamos incluso la visita del secretario general de la ONU. ¿Sabías que Antonio Guterres fue antes alto comisionado para los refugiados? Conoce muy bien nuestra realidad y ha mostrado mucho interés.

Supongo que mi rostro no transmitía la emoción adecuada porque el énfasis de Enmanuel fue decayendo.

—Te felicito. Parece un trabajo encomiable —dije, solo para paliar un poco su decepción. Enmanuel me miró de reojo, como un conspirador.

—Los estadistas y los teóricos elaboran ideas, trazan planes globales. Pero lo único que puede mover conciencias es la experiencia, solo eso puede provocar verdaderos cambios. —Hizo una pausa bastante teatral antes de proseguir—. Es cierto que he venido a Barcelona por asuntos del gobierno, pero también he venido a pedirte que vengas a Kampala y que participes en las conferencias.

Me quedé estupefacto. Esbocé una risa nerviosa y ladeé la cabeza.

—No puedes hablar en serio.

—Absolutamente, Isaías.

Una ráfaga de furia me atravesó la garganta. Me costó dominarla y, cuando lo logré, mis palabras salieron de la garganta como un erizo.

—Pues podrías haberte ahorrado el viaje. No pienso volver a Uganda. Suerte con vuestra reconciliación.

—¿Podríamos discutirlo con calma? Había pensado invitarte a cenar para explicarte los detalles.

—No hay nada que explicar, Enmanuel. No puedes aparecer después de tanto tiempo y decirme que vuelva allí, que cuente lo que sea que quieres que cuente, y que después siga con mi vida como si nada.

—Piénsalo, por favor... Tu testimonio es fundamental, como el de otros que han vivido cosas parecidas y que aportarán su experiencia durante las próximas semanas.

—No tengo nada que contar. No soy un político, no doy discursos.

—Y nadie espera eso. Lo que te pido es que hables con tus propias palabras. El mundo necesita saber lo que nos hicieron, Isaías.

—¿Qué hay de lo que hicimos nosotros, Enmanuel? ¿También necesita saber eso el mundo?

Rio estúpidamente, nervioso. Apenas podía reprimir el enfado, como si yo fuese un aguafiestas. Vi en el fondo de sus ojos el brillo de la autocompasión, ese veneno tan tentador cuyo único antídoto es la realidad. Comprendí que no importaba lo que yo dijera porque Enmanuel había tomado hacía mucho tiempo su decisión acerca de lo que creer sobre sí mismo. ¿Qué necesidad hay de contarlo todo cuando se puede elegir solo la parte que nos favorece?

—Éramos unos niños asustados, Isaías. Somos víctimas, no verdugos. Ellos nos obligaron... Kony y sus lugartenientes. ¿Acaso has olvidado los tormentos, las ceremonias de iniciación, las drogas?

—Eso no cambia las consecuencias de nuestros actos. Tal vez seamos víctimas, pero no somos inocentes.

Los argumentos que Enmanuel había preparado para convencerme se amontonaban en un torbellino que afloraba a sus ojos.

—¿Podemos tomar al menos un café? Por los viejos tiempos.

Los viejos tiempos eran una contingencia que para mí ya había tocado a su fin. Deseaba que se marchara por donde había venido, olvidar, salvo por el pequeño charco de agua que había dejado en el suelo, que había estado aquí. No había nada que quisiera compartir con él, pero aun así, acepté. ¿Qué daño podía hacerme? Me creía más fuerte de lo que soy y descubrí mi error demasiado tarde.

—Ahí enfrente hay un bar.

Alcanzamos durante la media hora siguiente algo parecido a la distensión, un momento de calma que no era total, atenta, esperando que resurgieran las hostilidades y aprovechando para pertrecharnos, cada uno tras una taza de café. En ese tiempo Enmanuel no dejó de jugar con la tapa del Zippo mientras me ponía al día de la realidad del país, de la política, de los casos de corrupción. Como si nadásemos a contracorriente, yo procuraba cumplir con el cuadro pintado diligentemente de mi idílica existencia en España y de las ventajas de vivir en Europa. Lo cierto es que de un modo u otro ambos mentíamos, y defender nuestra falsa felicidad resultaba extenuante. Empezaba a pensar en despedirme, y entonces él empezó a hablar de Odek, la aldea en la que nos criamos. Con un pesar que parecía sincero, me contó que ya no quedaba allí nada de nosotros. Nuestra huella se había borrado de las calles, y eso le dolía profundamente.

—Derrumbaron lo que quedaba del apeadero y transportaron la vieja locomotora hasta un museo de Golu. De la casa de tu padre, del jardín de tu abuela, no queda tampoco nada.

Acomodé en mi cabeza los caminos de tierra de la aldea, la colina como un elefante tumbado en la llanura, el muro del jardín de mi abuela, su tumba bajo los arriates de flores que ella cultivaba contra el destino.

—Ya nadie habla de lo que sucedió allí cuando éramos niños —continuó percutiendo Enmanuel—. Todos dicen que el LRA es cosa del pasado, que hay que pasar página. ¿Puedes creerlo? A nadie le importa una mierda lo que nos pasó.

—Esas heridas son nuestras. Los que llegaron después tienen derecho a no querer recordar.

Yo solo trataba de olvidar y sobrevivir. No confiaba en que contar las cosas pudiera cambiar nada. No me quedaba rebeldía, ni orgullo, ni perdón que pedir o dar. No tenía nada que decir. Solo quería continuar con mi vida.

—Siento no poder ayudarte. El LRA está enterrado para mí.

La mirada de Enmanuel se oscureció. Leí en el rictus de su boca la decepción y la sospecha de que había cometido una terrible equivocación al juzgar la clase de hombre en la que me había convertido.

—¿Nunca piensas en los que dejaste atrás? ¿Ni siquiera en Lawino?

Aquel nombre cayó sobre mí como un golpe en la boca del estómago.

—¿Qué sabes de ella?

Enmanuel sonrió, satisfecho de tener, por fin, algo que yo necesitase.

—Vive en Kampala y tiene un hijo de algo más de veinte años. Un hombretón llamado Tom. No mantengo mucho contacto con ella, pero por lo que sé sigue siendo muy hermosa. Estoy seguro de que se alegraría de volver a verte. Seguro que tendríais mucho de lo que hablar.

Miré hacia la calle, el asfalto brillaba y los desagües vomitaban agua sucia, los pocos peatones que se veían corrían sujetando las varillas de sus paraguas, un autobús con los faros encendidos avanzaba lentamente batiendo el limpiaparabrisas. Las luces de los semáforos teñían de colores las gotas de lluvia. Este era ahora mi mundo pero mi conciencia se había mudado al fango de las calles sin asfaltar de Odek y a la casa de la familia de Lawino, con su tejado rojo y el porche apareciendo al final del pueblo entre la niebla de primera hora.

—Tengo que volver al taller. Gracias por la visita, y lamento no poder ayudarte.

Me dispuse a despedirme y él se puso en pie.

—Aún estaré por aquí unos días. Al menos, piénsalo. No te pido más.

Me dio una tarjeta con el nombre del hotel en el que se alojaba y su número de teléfono anotado en la parte de atrás. Esta vez no hubo abrazos, solo un frío apretón de manos y otra vez la sensación de que sus dedos eran como la

piel de una serpiente que se enroscaba en mi muñeca y tiraba de mí hacia su boca para engullirme.

Aquella noche, en la cama, no lograba sacudirme el tacto de la mano de Enmanuel K.

—Pareces preocupado.

Noté los dedos de Lucía acariciando mi cuello. Después de casi cuatro años juntos, seguía mirándome como un niño que reverencia a su ídolo. Esa mirada suya me incomodaba, me obligaba a ser mejor de lo que era.

—Problemas con el taller —mentí. Besé la punta de sus dedos y me di la vuelta para no enfrentarme a su devoción.

Ella se pegó a mi espalda y pasó el antebrazo por mi cintura, descansando la mano sobre mi vello púbico. Noté las pequeñas agujas de sus besos en el hombro. Olíamos el uno al otro. Eché la mano hacia atrás y posé la palma sobre la piel tensa de su vientre. Los cambios ya empezaban a ser evidentes en el quinto mes de embarazo. La metamorfosis imparable de la fisonomía de Lucía hacía real el hecho de que íbamos a ser padres. Pero todavía era una realidad abstracta que no lograba conectar conmigo a pesar de las ecografías, de haber escuchado los latidos de ese minúsculo corazón y de las discusiones sobre los cambios prácticos que se avecinaban en nuestras vidas. El obstetra nos había advertido de que existían ciertos riesgos. Lucía había cumplido los cuarenta y cuatro años y además estaban sus problemas de asma, pero estaba tan emocionada con seguir adelante con el embarazo a pesar de que había llegado de modo inesperado, que no tuve más opción que mostrarme a la altura de su alegría. Pero la verdad era que no podía asimilar el hecho de que iba a ser padre. Me aterraba que alguien volviera a depender de mí. Ya había fracasado en una ocasión y no podía soportar la idea de fallar de nuevo.

Cerré los ojos. No quería pensar.

Mi abuela Ng'o decía que los sueños son la voz de los dioses susurrándote en el oído mientras duermes. Esa noche los dioses me susurraron: yo corría, saltaba un cercado, trepaba por una colina y volvía la vista atrás jadeante, con un fuerte dolor en el costado. En mis oídos zumbaba el latido de mi corazón. A lo lejos se veía una casa roja que ardía, las llamas se elevaban y las tejas estallaban como fuegos artificiales. Seguí corriendo, pero ahora mis movimientos eran pesados, no lograba despegar los pies del suelo como si pisara alquitrán blando. Y, de repente, me encontraba ante una montaña de brazos, piernas, cabezas y ojos vacíos. Era imposible bordearla, así que tuve que trepar agarrando dedos fríos y manos crispadas, pisando cráneos, narices, mandíbulas y bocas. Al llegar a lo alto, exhausto, oteaba el horizonte. Por doquier había montañas semejantes. Cientos de ellas. Encaramado a una de ellas estaba mi hermano Joel, y a poca distancia, en otra cima de muertos, vi a Lawino. Yo los llamaba pero ellos ni siquiera me miraban. Parecían gárgolas petrificadas con la mirada en un horizonte tan terrible como el mío. Quise descender por la otra ladera para unirme a ellos pero entonces la montaña de muertos empezó a desmoronarse bajo mis pies, abriéndose para tragarme.

Desperté con náuseas, como si el hedor de los muertos y el zumbido de las moscas sobre la carroña pudiera traspasar el sueño y me ofendiera la nariz. Me sentía cubierto de podredumbre.

A mi lado, Lucía dormía plácidamente, con su hermosa cabellera hecha un remolino sobre la frente y la boca ligeramente abierta. Su presencia me tranquilizó. Admiraba su libertad incluso dormida, su cuerpo que perdía gravedad y su espíritu limpio de prejuicios. De los dos, ella era la que más luchaba por mantenernos unidos. Al poco de irnos a vivir juntos la sorprendí contemplando una fotografía de su exmarido, Matías, y le pregunté bastante celoso si lo echaba de menos; Lucía guardó parsimoniosamente la fotografía: «Por supuesto que lo echo

de menos, cada día. Aunque ya no queda ni un gramo de amor en esa añoranza». Conmigo solía usar esa clase de verdad despojada de eufemismos que podía llegar a ser brutal. Ella era la lógica, la pragmática, la que tomaba decisiones sin pasos atrás, mientras que yo seguía siendo un puñado de memoria inacabada, siempre a las puertas de algo inconcluso.

No quise despertarla, y decidí bajar al sótano donde está el taller. Cuando no puedo dormir me pongo a trabajar. Me ayuda a despejar la mente.

Deambulé descalzo por el piso frío, me puse a lijar la pintura oxidada de la vieja bicicleta que estaba restaurando, incluso busqué en el dial de la radio la compañía de uno de esos locutores de voz grave y nocturna, pero no lograba ahuyentar las palabras de Enmanuel y las imágenes que llevaban aparejadas. Se ordenaban en mi cabeza como bloques de hormigón que me iban aislando, apartándome del presente para encerrarme en uno de mis múltiples pasados.

Lawino se alzaba poderosamente por encima de los demás recuerdos: el tacto de sus dedos en el borde de mis labios, ocultando, en la ola de su cabello de adolescente y parte de su rostro, la mirada que tenía cierto aire de sabiduría prematura y aquellos ojos que parecían saber cosas valiosas e inaccesibles para el chico de doce años que era yo, empeñado en comprar su atención con vidrios de botella que hacía pasar por zafiros. Su voz entraba en un suave declive hacia el final de las frases y las acababa en un susurro como si te regalase alguna revelación importante, un secreto crucial. Yo acechaba cada gesto suyo, conmovido ante su presencia incomprensible, como un deseo inalcanzable.

Ahora Enmanuel me la había devuelto convertida en madre de un hijo, en una mujer adulta con una vida propia de la que yo lo desconocía todo. Convertida en una extraña. Y, sin embargo, dejarse llevar por la nostalgia era tan tentador... Me detuve frente al armario metálico en el que guardo los recambios, aparté un par de cajones e in-

troduje mi brazo hasta el fondo del armario, hasta que rocé con la punta de los dedos una bolsa de nailon que llevaba guardada allí años. Sentí un escalofrío al tocar su superficie. El placer casi físico de tocar el pasado.

En ese instante escuché el crujido de la escalera, y mis dedos retrocedieron como un ratón espantado, coloqué torpemente el parapeto y cerré el armario a tiempo de ver aparecer el pijama azul de Lucía.

—¿Qué haces aquí abajo? No quiero que bajes por esa escalera, podrías tropezar.

—No estoy inválida. Te he oído moverte toda la noche inquieto en la cama, soñabas. Me he imaginado que estabas aquí.

Arrastró una banqueta y se sentó a mi lado. A veces lo hacíamos así. Compartíamos un café, ella me observaba trabajar, escuchábamos relatos extravagantes en la radio, como el de un camionero que aseguraba haber tenido un avistamiento OVNI en una carretera desierta entre Logroño y Burgos. Al cabo de un rato, nos íbamos a dormir. De vez en cuando hacíamos el amor.

Podría haberle hablado de Lawino entonces. Pero habría tenido que enseñarle la bolsa de nailon y contarle por qué le había mentido desde el primer día que nos conocimos. Al pasar junto a una de las taquillas abiertas, vi fugazmente mi imagen en un espejo de cuerpo entero. Ese era yo, Isaías Yoweri *el Negro de las bicicletas* a punto de ser padre a los treinta y seis años. Un hombre de bien.

Pero cuando me hube marchado y apagado la luz, mientras subíamos la escalera, supe que mi reflejo seguía atrapado en el espejo. El reflejo de un niño que observaba fijamente al hombre en el que me había convertido.

A la mañana siguiente llamé a Enmanuel.

—Tenemos que vernos. Ahora.

Colgué el teléfono y me acerqué a la pequeña habitación que Lucía había habilitado como despacho desde que

trabajaba en casa. La puerta estaba entornada, y pude contemplarla en la silla giratoria, mordiendo el capuchón de un bolígrafo con aire concentrado. No se había vestido y la camisa del pijama abierta me ofreció la visión de sus preciosos senos y la curva de su vientre. Iba a ser la madre más hermosa pese a sus temores. Ella me vio, se quitó las gafas y sus ojos asomaron por encima de la pantalla del ordenador.

—¿Ocurre algo?

Rodeé la mesa y me senté junto a ella. Olía bien, a felicidad.

—Nada. Solo quería decirte que te quiero.

Ella enarcó una ceja.

—¿A quién te has tirado?

Sonreí, negando con la cabeza.

—A nadie... Es que tengo que hablarte de alguien de mi pasado que ha vuelto a aparecer en mi vida para pedirme algo que no sé si debo hacer.